

Baile de campesinos

La mente de un niño es como un espontáneo y desinteresado beso en la frente. Gira como gira la bailarina sobre una decorada tarta de pisos, venenosa y dulce.

El niño, perplejo ante lo corriente, se desenvuelve sin esfuerzo entre lo extraño, hasta que la desnudez lo asusta, lo confunde, y busca un poco de protección, de orden. Vislumbra, capta; componiendo de retal en retal una colcha de verdades, descabelladas y confusas, que apenas rayan en la verdad.

La cruel intensidad de este proceso puede dar lugar a algo bello, pero a menudo solo es un desgarrón en la iridiscencia por el que escabullirse y zafarse. Un cabo de cuerda serpenteando en un ruedo increíblemente deslumbrante y remoto.



Alrededor todo son paredes, y la mente, en una pirueta imprecisa, arrebató fragmentos de código: flamenco, un jeroglífico tallado en el ladrillo.

¡Exclamaciones! Preguntas sobre el origen, el alcance.

Cuando somos jóvenes, abrumados por la sensación de venir de otra parte, atisbamos, sondeamos nuestro interior, y sacamos lo foráneo, lo indígena. Llegamos a una llanura abierta. Una llanura de oro. O llegamos, la mayoría de las veces, a una nube. Una raza de moradores de las nubes. Esos son nuestros pensamientos de juventud.

Con el tiempo lo desentrañamos. Reconocemos en nosotros mismos una mano de nuestra madre, una extremidad de nuestro padre. Pero la mente, eso es otro asunto. De ella nunca puedes estar seguro.

Porque da vueltas como dan vueltas el perro salvaje, la planta rodadora, la llanta metálica. Este aspecto de nuestro ser es transmutable y tal vez allí es donde encontramos el verdadero defecto de la máquina. La mente es un cuadro. Y allí, en la esquina, se entrevé una espiral. Quizá sea un virus; quizá sea el tatuaje de un espíritu.

*Con los brazos extendidos
con los ojos bien cerrados*

*una intensa náusea
gira alrededor
conmoviendo corazones
brotes nostálgicos
que se vuelven a sí mismos
del revés*

Qué ancho es el mundo. Qué alto. Y la materia de que está hecha la mente, saturada, revienta y se desparrama, como las semillas y la pelusa. Porque así es el diente de león. Que se desnuda y estalla en deseos.

*Un deseo de cierta cosa
o el simple deseo de saber.*

Soplando, velas, una estrella... Qué se puede desear. Un compañero. Una luna desbocada. O tal vez volver a oír lo que oyes de niño. Una música: curiosa, optimista, tan simple y elusiva como la llamada a la danza en una noche de verano. Difundiendo retales de risa y deleite. Todos bailando, solo bailando.

Y ahí fuera uno se sentiría atraído, como la polilla y la luciérnaga, hacia una calma distorsionada. El salón, con

sus luces de colores colgantes, se iría desvaneciendo... a medida que uno osara adentrarse en la hierba alta, atraído por otra llamada, un gemido muy hermoso, como un violín en su plenitud.

La música de los recolectores de lana cuando llevan a cabo su tarea. Inclinandose, estirándose, agitando el aire. Recogiendo lo que haya que recoger. Lo desechado. Lo venerado. Retazos de espíritu humano que de algún modo escaparon. Recogidos en un delantal. Arrancados por una mano enguantada.

De todo ello está compuesta la nube. Y por esa razón el cielo recuerda la ópera humana. El paseo turbulento. Atrae al ojo perezoso. Calma al hastiado en un juego de movimientos que anuncia lo simple.

Los recolectores de lana cuando llevan a cabo su tarea. Sin paga ni contrato; con una gracia singular, colectiva.

Es una de esas cosas inexplicables. Porque es un servicio en el que entras sin expectativas ni planes. Donde, absorto en tus pensamientos, puedes notar un toque en el hombro y verte arrojado muy lejos, en un remolino de polvo, zarandeado de un lado para otro hasta, de golpe, detenerte.

Liberado de tamaña carga, con semejante gloria al alcance y ardiendo de impaciencia como si tuvieras una cita, un *dos-à-dos*, con el sol poniente.